

diablo, y á poco fué reconciliado por su obispo con la iglesia y con Dios. Y como la Virgen no hace nunca nada á medias, recibió desde entonces bajo su proteccion á aquel hombre en tales términos, que acumulando virtud sobre virtud y gracia sobre gracia mereció por su vida ejemplar ser agregado al catálogo de los santos: la iglesia le venera el día 4 de febrero. Esta victoria no es única en su género. Léese otra casi igual en la historia de Loreto, otra en la de la orden de predicadores y en otros varios libros, que podrá registrar fácilmente el curioso lector. Baste esta para testimonio irrecusable del poder de la madre de Dios, quien le ostenta con mas gusto, cuanto que ya unido á la manifestacion de su singular bondad, convida á los pecadores á llegarse á ella con toda confianza, nos descubre los frutos de la verdadera penitencia, y nos hace ver á dónde nos precipitan nuestras pasiones cuando las dejamos correr á rienda suelta.

S. IX.—Tercera victoria alcanzada por la madre de Dios de los herejes (enemigos de su hijo y suyos).

I. (1) Los santos padres han reconocido unánimes que Maria habia sido elegida muy particularmente por Dios para combatir y exterminar las herejias. Hace mil y trescientos años que S. Atanasio la llamaba la ruina de todas las herejias (2). S. Cirilo de Alejandria en la homilia que compuso contra el impío Nestorio, la apellidaba la vara de la recta creencia contra las herejias. Sofronio (3), S. Bernardo (4) y el abad

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, que va puesta al fin del tomo en la nota F. (2) Serm. de S. Deipara. (3) Serm. 4 de Assumpt. (4) Serm. in Signum ma-

Ruperto (1) convienen en decir que ella sola destruyó todas las herejias. Bien podian darle este elogio, porque la iglesia canta lo mismo.

II. No obstante esta conformidad de los santos padres no dejó de recelar que ese glorioso título dado tan particularmente á la Virgen Maria con exclusion de cualquier otra criatura, detenga á algun espíritu quixotilloso, que teniendo presente las singulares proezas de muchos héroes cristianos en defensa de la religion pudiera decir: ¿Qué! ¿No se tienen en nada el zelo sin igual de S. Atanasio para perseguir á los arrianos; su paciencia incontrastable para sufrir agravios, insultos y afrentas; el largo y continuado martirio que padeció con este motivo? Los sabios escritos de S. Ireneo, de Tertuliano y de S. Epifanio ¿no aprovecharon nada? ¿Para nada trabajó tanto S. Hilario contra los arrianos? ¿Para nada se fatigó tanto S. Gerónimo á fin de impugnar á Joviniano, á Vigilancio y á otros muchos? ¿Para nada se afanó S. Agustin en combatir á los donatistas, maniqueos, pelagianos y otros enemigos tales de la verdad? ¿Será preciso pues derribar los trofeos y enterrar las memorias de tantos sabios escritores y valerosos campeones, que defendieron la causa de Dios y de la iglesia con heróicos sacrificios? Despacio, espíritu apocado: aqui no se trata de eso, sino antes bien de conservarles el honor merecido y sin rebajar en nada sus distinguidas hazañas manifestar cómo la gloria de ellas se debe singularmente á Maria.

III. ¿Será tal vez en consideracion de la eleccion que Dios hizo de ella al principio del mundo oponiéndola á la antigua serpiente y á su prole espiritual, es decir, los hijos de Dios á la semilla de aquel desventu-

(1) Lib. 4 in Cant.

rado, que son los impios y señaladamente los herejes, á quien todos los padres de la iglesia llaman raza de Satanás? De suerte que así como cuando un ejército vuelve victorioso del campo de batalla y los capitanes y soldados cargados con rico botín, aunque todos tengan parte en la victoria y muchos en particular se hayan distinguido por su arrojo, no obstante se dice siempre que el general ha ganado la batalla, del mismo modo siendo la Virgen la capitana de los ejércitos de Dios y debiendo por una elección especialísima de hacer frente á todos los herejes, que son los enemigos de la iglesia, aunque infinitos padres, doctores y obispos hayan trabajado extraordinariamente para rechazar y confundir la herejía, la gloria se atribuye singularmente á la madre (quedándose empero íntegra la honra de sus conquistas), como que han peleado bajo los estandartes de ella, y ella los ha convidado para tal empresa, los ha pagado con innumerables mercedes y gracias y les ha infundido valor para triunfar de sus enemigos.

IV. ¿Será en atención á su muy querido hijo, el cual fué principalmente enviado al mundo para desbaratar las obras del diablo segun el testimonio de San Juan (1)? De suerte que habiéndole puesto ese mismo hijo en la mano las armas para combatir la herejía, segun deciamos poco há de los demonios, la gloria de su hijo es la suya propia y uno mismo el triunfo de los dos.

V. ¿Será porque como dice S. Bernardino de Sena (2), habiendo concebido la verdad de Dios, que es la verdad sustancial, la primera verdad y el origen de las otras, debe de ser llamada por lo mismo la madre de toda verdad y de consiguiente la extirpadora de toda falsedad?

(1) Joan. II.

(2) Tom. 2, conc. 51, art. 3, c. 4.

VI. ¿Será por ventura á consecuencia del magisterio que ejerció sobre los apóstoles despues de la muerte de su amado hijo, cuando el hombre enemigo empezó á sembrar la cizaña de diferentes errores en el campo fértil de la iglesia? Este es el parecer del abad Ruperto en el libro cuarto sobre los Cantares, donde el Salvador ya tan glorioso procura enjugar las lágrimas de su bendita madre y calmar con las siguientes palabras sus suspiros y los deseos que tenia de estar cuanto antes con él: «Mi amadísima madre, le dice, el estado de mi iglesia y tuya requiere que permanezcas todavía algun tiempo en ella para afirmar la union que debe de haber entre los oráculos proféticos y la predicacion de mis apóstoles, para ser la autora de muchas y grandes maravillas y la maestra de la religion: porque es preciso no ignores que vendrán hombres sediciosos, los cuales introducirán la discordia en nuestra casa y se esforzarán á romper la valla de nuestro huerto, á hacer sospechosa tu virginidad é increíble mi divinidad, á trastornarlo todo en cuanto puedan. De este número serán los carpocracianos y valentinianos, los apolinaristas, paulicianos, jovinianistas y otros tales, seducidos todos por el espíritu de error, que forjarán mil mentiras. Así es absolutamente necesario que mores algun tiempo sobre la tierra, hasta que todos esos monstruos de herejía sean destruidos por la declaracion que harás de la verdad, y por las sólidas pruebas que sugerirás así á los que las escriban, como á los que las publiquen de viva voz. Por esta razon las hijas de Jerusalem la instan tanto para que les haga una pintura muy particular de su amado y una declaracion muy extensa de sus calidades no tanto por ellas, que le conocian bastante, como para convencer la incredulidad de otros muchos, que le desfigurarian en adelante.

VII. Finalmente ¿será porque la misma verdad que obligó al mundo á recibirla por madre de Dios, dispó al

propio tiempo todos los errores suscitados contra el salvador del mundo en los primeros siglos de la iglesia? Tal es la opinion de S. Bernardo, quien habla de esta suerte en su sermón sobre la vision misteriosa del capítulo XII del Apocalipsis (1): «Esta mujer es la que antiguamente fué prometida al mundo para quebrantar la cabeza de la serpiente, que de mil modos y con mil ardidés puso asechanzas á su calcañar sin poder morderle jamás: tan lejos de eso, que por el contrario aquella mujer sola confundió la impiedad de todos los herejes. Quién ha dogmatizado que el Salvador no habia tomado nuestra naturaleza de la sustancia de la Virgen: quién ha mentado que esta no le habia parido: quién ha blasfemado contra su hijo y contra ella diciendo que despues de haber dado al mundo el Verbo encarnado habia tenido otros hijos de su esposo S. José: quién no ha podido consentir que fuese llamada madre de Dios. Pero al cabo de la cuenta los que tendian las redes, fueron cogidos; los que esperaban derribarla, fueron derribados; los que querian rebajar sus calidades, fueron confundidos; y veremos que á pesar de ellos todas las naciones de la tierra la llaman bienaventurada. Vedla pues honrada y gloriosa no obstante los esfuerzos de los herejes: ved postros á sus pies todos sus enemigos, por mas que han hecho aquellos. Ahora en todas las calles y plazas de la celestial Jerusalem, en todos los lugares de la iglesia militante resuenan cánticos de júbilo y se oyen estas lisonjeras palabras: Victoria: viva la madre de Dios: viva la capitana de sus ejércitos: viva el azote de los herejes: viva María, que sola ha destruido todas las herejías.»

VIII. Las ha destruido, en primer lugar porque las ha hecho callar y no ha descansado hasta que han desaparecido. Con efecto ¿qué son hoy los cerintianos, los

(1) Serm. in Signum magnum.

ebionitas, los priscilianistas, los antimarianitas, sino unos nombres de mal agüero y victimas de eterna ignominia? ¿En qué han venido á parar todos esos gigantes, que hacían temblar al mundo entero y parecia que iban á atraerle á su partido? ¿Qué ha quedado de ellos sino una memoria hedionda semejante al olor de un muladar, que causa asco á los que le sienten? ¿Quién sabria ahora lo que fueron, si no hubiera permitido la divina providencia que se conservasen sus nombres en los escritos de los santos doctores tanto para servir de trofeo al salvador del mundo, á la virgen María y á innumerables valientes caudillos que se inmortalizaron peleando contra ellos, como para eterna confusion del infierno que suscitó tales monstruos, y para enseñanza de los que les sucedan, á fin que no esperen otro fruto de su doctrina que el de sus mayores, ni otro paradero que el que estos tuvieron? Siempre me ha agradado la invencion de S. Gregorio Nazianceno, el cual despues de haber atajado la herejía de los arrianos bajo los auspicios de la Virgen en la ciudad de Constantinopla y en la iglesia que le estaba dedicada, y restablecido en su primitivo vigor la piedad dió el nombre de Anastasia á nuestra señora y al lugar donde tantas veces habia clamado contra la impiedad, como si dijéramos: la que resucitó la religion matando el arrianismo. Siempre me ha agradado, repito, la invencion que la gratitud sugirió á aquel insigne prelado; pero desearia que se hubiese hecho lo mismo con Maria santísima en todos los lugares de donde desterró el error y la impiedad para restaurar la fé verdadera. El mundo estaria lleno de trofeos y no se verian mas que coronas y arcos triunfales erigidos para perpetuar la memoria de Maria, protectora de la fé y martillo de todas las herejías.

IX. En segundo lugar ella las destruyó, porque derribó todos esos portaestandartes de doctrina desacredita-

da, los cuales han tenido todos sin excepcion un fin desastrado. Confieso que no es propio de la madre de Dios mostrarse terrible; que su gran gloria no consiste en los ejemplos de severidad; y que se hace mas recomendable sin comparacion por su clemencia. Pero así como aunque el oficio principal de un juez sea la proteccion de los inocentes, no obstante porque sería esta imposible si no hubiera castigo para los que los insultan, es de toda necesidad que el tribunal amedrente á los malos; de la misma manera aunque la madre de Dios, propiamente hablando, no entiende mas que de bondad y piedad, sin embargo es preciso que para defender á los suyos de los insultos de los impíos ostente de cuando en cuando que tiene poder para castigarlos. Hablariamos con mas propiedad si dijéramos que ella no sabe verdaderamente lo que es venganza, sino que Dios es muy justiciero con los insolentes enemigos de su madre, la cual no tiene otro cuidado que obligar al mundo con sus mercedes y finezas.

X. Sigase el discurso de los siglos, y estoy seguro se hallará que todos ellos tuvieron un fin trágico y digno de la vida que habian llevado. Cerinto, dice S. Ireneo despues de S. Policarpo, habia entrado en unos baños públicos, donde tenia pláticas impías, cuando llegó S. Juan, y sabiendo que estaba dentro el hereje se volvió á los que le acompañaban, y dijo: Hijos míos, démonos prisa á salir de aquí, no sea que se nos venga encima la casa. Apenas habia salido de ella, cuando se oyó un horrible estrépito y se supo que la justicia de Dios habia sepultado bajo las ruinas del edificio á Cerinto y á los que estaban con él. S. Epifanio cuenta la misma historia y con las mismas particularidades del heresiarca Ebion (1); por lo

(1) Hæres. 40 vel 30.

cual dice el cardenal Baronio que es verisimil que fueron compañeros de desgracia como lo habian sido de iniquidad. Eusebio hablando de Carpócrates y demas discipulos de Simon el mago afirma (1) que todos tuvieron un fin tan desastrado como su maestro, aunque no le especifica. Nicéforo refiere (2) que habiendo llegado á Persia el insigne impostor Manes con sus doce discipulos, á quienes llamaba apóstoles, encontró enfermo de peligro al hijo del rey, y fiado en su arte mágica hizo despedir á todos los médicos y se encargó de la curacion del príncipe; pero con tan poco acierto, que el enfermo murió en breve. Fué tal la indignacion del rey por este suceso, que mandó desollar vivo á Manes y echarle á los perros para que le devoraran.

XI. Todos los escritores sagrados están contéstes en que Juliano el apóstata empezó á pagar con una funesta muerte el odio que habia tenido al salvador del mundo y á su santa madre. Habiendo marchado á pelear contra los persas no obstante los malos agüeros de las victimas, fué herido en el costado por una flecha, sin que pudiera saberse de dónde le habia sido disparada. Uno que estaba entonces en la guardia del emperador, escribió, segun se lee en Sócrates, que el demonio le habia disparado aquel flechazo (3). S. Gregorio Nazianceno cree que mas bien fué un ángel (4). S. Juan Damasceno atesta (5) haber sabido por Heladio, discípulo y sucesor de S. Basilio, que orando este santo en una iglesia de nuestra señora tuvo revelacion de que el mártir san Mercurio disparó la flecha á Juliano. Sozomeno añade que un criado del apóstata vió milagrosamente en el aire dos soldados bien armados que le iban á los alcan-

(1) L. 4, c. 4.

(2) Hist. ecclés., l. 6, c. 34.

(3) Lib. 3, c. 8.

(4) Orat. in Julian.

(5) Orat. de imaginib.

ces (1); y Nicéforo escribe ser opinion comun que el bienaventurado Artemio, noble capitan cristiano, habia sido el segundo de S. Mercurio (2). Teodoreto dice además que Juliano murió desesperado, y que cuando se sintió herido, conoció la mano vengadora de Dios y exclamó arrojando hácia el cielo un puñado de su sangre: Veniste, galileo, venciste; ó como cuenta Nicéforo: Sáciate, galileo, sáciate. Y al mismo tiempo que manifestaba su despecho contra el Salvador, vomitaba injurias y denuestos contra sus dioses, que habian faltado torpemente á sus promesas.

XII. El historiador Sócrates, que fué novaciano, quisiera que todos tuviesen por mártir á su Novato: no se lo disputaré yo, con tal que se entienda que fué mártir del diablo con sus predecesores. El mal está en que se avergonzó de comunicarnos en particular el género de su muerte. Joviniano habiendo venido á ser á manera de un cáncer que inficionaba á todos aquellos con quienes trataba, fué relegado por decreto del emperador Honorio á la isla de Boa en los confines de la Dalmacia, donde viviendo como habia acostumbrado, es decir, como verdadero puerco de Epicuro, vomitó su alma que habia cebado en los banquetes y deleites sensuales. No se imagine nadie que el abominable Nestorio salió mejor librado: basta traer á la memoria lo que escriben varios autores, entre ellos Nicéforo (3), Evagrio (4) y otros, que dicen que como aquel heresiarca continuase despues de condenado en el concilio de Efeso perturbando la iglesia oriental, el emperador Teodosio el jóven abrió al fin los ojos y le desterró á una isla de Egipto llamada Oasis, lugar muy incómodo y desapacible, donde mu-

(1) Lib. 6, cap. 20. (2) Hist., l. 3, c. 20.

(3) Hist., lib. 4, cap. 26. (4) Lib. 4, c. 8.

rió desastradamente cayéndosele la carne á pedazos y comida la lengua de gusanos, sin que bastase este castigo á hacerle reconocer su pecado.

XIII. Bien veo que el lector aguarda á saber el fin que tuvo el emperador Coprónimo, á quien podemos llamar el inmundo no solo por la etimología de su nombre (se llamó así por haber ensuciado con sus excrementos la pila del bautismo al tiempo de recibirle), sino tambien por su vida torpe y asquerosa, por sus sortilegios y especialmente porque gustaba de restregarse la cara con el estiércol de los caballos y obligaba á sus cortesanos á hacer lo mismo. Es cosa puesta en razon que habiendo sido el que se distinguió mas en el desprecio de la madre de Dios, sea expuesto tambien en el teatro de la ignominia para escarmiento de todos. Como en vida tuvo grandísima semejanza con el infame apóstata Juliano, era preciso que muriese de un modo parecido: así es que haciendo la guerra á los búlgaros fué herido en un muslo por una mano invisible y sintió en la herida, segun dice Cedreno, un fuego sobrenatural, que le desesperaba y le hacia gritar con todas sus fuerzas que María le quemaba con un fuego inextinguible y le obligaba á honrarla como á virgen, como á santa y como á madre de Dios. Esto lo decia no con un espíritu penitente, sino obligado del cielo y no pudiendo resistir á la fuerza que le arrancaba aquellas palabras. Un buen historiador añade (1) que al cabo de algunos años el emperador Miguel, hijo de Teófilo, mandó desenterrar su cuerpo con el del patriarca de Constantinopla Juan, que habia sido su satélite é iconoclasta como él, hizo llevarlos al teatro, azotarlos hasta que se descubrieran los huesos y luego arrojarlos al fuego.

XIV. De los albigenses ya hablé en el capítulo XIII

(1) Georg. Ham. in chronico. Véase á Spondano año 775.

del tratado primero, y para no olvidar á los que en nuestros dias han blasfemado de la Virgen, ¿le parece á nadie verisímil que habiendo habido castigos ejemplares para todos los satélites del demonio hubiesen quedado ellos impunes? Me falta tiempo para detenerme en esto; pero el que quiera, puede leer al docto y devoto Bosio, el cual escribe (1) haber sabido por un criado de Lutero que cuando este apóstata enfermó en Smalcalda, fué tal su desesperacion, que quiso quitarse la vida; lo cual hubiera hecho á no ser por el pronto auxilio de algunos familiares suyos, y estos para ocultar la fechoria de su maestro y señor hicieron jurar á todos los asistentes que no dirian una palabra. El diligente Tireo refiere (2) que el dia de la muerte de Lutero varios posesos que habia en Cheol, ciudad del Brabante, quedaron libres de los demonios con gran pasmo de la gente y mucho mas cuando al otro dia volvieron á entrar los espíritus malos en los cuerpos de donde habian salido la vispera, y preguntados dónde habian estado, respondieron que por mandato de su príncipe habian asistido al cortejo y acompañamiento del alma de Lutero. Esto lo confirmó un criado del apóstata, que contó despues que habiendo abierto la misma noche la ventana del aposento en que estaba expuesto el cuerpo de su amo, creyó morir de miedo al ver una multitud de fantasmas de diversas figuras que danzaban y hacian cabriolas en el aire. Los cuervos que graznaban al rededor del cuerpo cuando fué trasladado de Islebe á Witemberga, confirmaron la opinion que se tenia acerca de aquellos demonios malos, y mas aun el modo como murió, porque habiéndose acostado despues de beber bien fué encontrado muerto al dia siguiente.

(1) De notis ecclesie, p. 2, t. 2. (2) De demoniacis, part. 1, sec. 44.

XV. Lo mismo dice el docto Cocleas de Juan Ecolampadio; á saber, que habiéndose acostado bueno y sano fué encontrado muerto al dia siguiente, ya sea porque le matase su supuesta mujer, como dicen unos, ya se matara él mismo, como quieren otros, ya fuese Satanás el ejecutor, como escribe Lutero en su libro de la misa privada. Juan Calvino no merecia mejor fin que los otros: así es que segun escribe en su vida Gerónimo Bolesec, habiendo sido atormentado por espacio de cuatro años de cólico, mal de piedra, gota, almorranas, calentura hética, asma, jaqueca, violentas fluxiones y vómito de sangre murió comido de piojos y gusanos en todo el cuerpo y especialmente en aquellas partes con que mas habia ofendido á Dios, invocando á los demonios, jurando, renegando, echando votos y porvidas y maldiciendo la hora en que habia estudiado.

XVI. Razon pues tenia yo cuando suplicaba poco há á los devotos siervos de la Virgen que contuviesen los impulsos de ira é indignacion contra estos impios y cuando les aseguraba que pronto los verian caer en las manos de la justicia de Dios. ¿Dónde están ahora esos fanfarrones, que desafiaban al cielo y á la tierra y soltaban sus lenguas viperinas para deshorrar á Dios y á su santísima madre? ¿A qué se reducen las esperanzas que al parecer tenian no solo de empañar el lustre de la Virgen, sino de impedir el culto que se le tributa, y aniquilar enteramente su nombre? Queriendo escalar el cielo fueron precipitados en los infiernos: queriendo denigrar la fama de nuestra reina se mancharon ellos con eterna ignominia: despreciando á aquella á quien debian todo respeto, se hicieron dignos de todo desprecio: los tiros de su insolencia se volvieron contra ellos y les traspasaron el corazon. Insultando á la madre comun de los cristianos, fueron sacrificados en aras de la infamia y del odio público: en una palabra con muchos trabajos compraron

un fin execrable, al que se siguieron innumerables y eternas desgracias. Vé ahí el paradero de todos los que son osados de insultar á la madre de Dios y concitar la ira de la que el Señor les dió por principal protectora.

XVII. Pero entre todas las victorias que ha alcanzado de la herejía esta mujer fuerte, la mas insigne y gloriosa consiste en la mudanza de los corazones y la reduccion de sus enemigos. Escuadrones enteros de los que habian tomado las armas contra ella, vencidos por el aliciente de su bondad mas que por los ejemplos de su severidad, han abandonado el campo enemigo, se han prostrado á sus pies y han peleado bajo de sus banderas y por ella con mas valor infinitamente que el que habian mostrado en defensa del infierno. Las historias abundan en conquistas de esta especie, y diariamente experimentamos que el ejército de la iglesia militante y triunfante se aumenta reforzado con tan preciosos despojos para gloria del Dios de los ejércitos y honra de la que capitanea tan acertadamente sus tropas.

§. X.—Cuarta victoria alcanzada de los blasfemos, enemigos de su hijo y suyos.

I. De todos los enemigos de Dios y de su santa madre solo falta derrotar á estos; pero no tardaremos en ver su fin, porque oigo á la Virgen guerrera decir con David: Perseguiré á mis enemigos, y los alcanzaré, y no me volveré hasta que desfallezcan (1). Además como se han hecho dignos del odio y de la indignacion de todas las criaturas, toda la naturaleza ha acudido al mandato de la reina del universo y ha corrido tras de ellos para aniquilarlos. Esto lo podria yo comprobar fácilmente con ejemplos si quisiera detenerme á mostrar todos los casos

(1) Salm. XVII.

tigos visibles que la justicia de Dios ha hecho en esos desdichados, y no temiera molestar mas al lector con una materia tan desagradable. Bastará presentar algunos para muestra, y me parece que no tengo que decir cuántas veces han sido empleados los santos ángeles en tales castigos, pues nadie ignora que llevan en sus manos la espada de Dios para hacer venganza en las naciones, y que en especial son muy zelosos de la honra de su reina. No quiero declarar tampoco las penas que los principes mas devotos de Maria han impuesto por tales delitos. Fácil es ver las ordenanzas de Carlos VII, Luis XII y Carlos VIII de Francia sobre el particular. Estos monarcas tenian á la vista el singular ejemplo de zelo de Felipe VI de Valois, el cual mandó que los que blasfemaran de la Virgen santísima, la primera vez fuesen expuestos en la plaza pública con la argolla al cuello por espacio de un mes todos los dias desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde y que todos los transeuntes pudieran tirarles á la cara lodo y otras inmundicias, y que otro mes ayunasen á pan y agua: que á la segunda vez se les abriera en un dia de mercado el lábio de arriba, de manera que se viesen los dientes: que á la tercera se hiciera lo mismo con el lábio inferior: que á la cuarta se les cortasen enteramente los dos labios; y si todavia continuaban, se les arrancase la lengua.

II. Aún es cosa mas memorable que las criaturas insensibles hayan manifestado sentir en algun modo las injurias hechas á la reina del cielo y de la tierra. En el año 1588 aconteció en una ciudad del Perú que un hombre muy vicioso despues de haber corrompido á una pobre india determinó pasar la noche con ella: el cielo entre tanto atemorizaba á los vivientes con una tormenta horrenda de truenos y relámpagos, de agua y piedra y como que advertia á los pecadores que pusieran fin á sus torpezas. La mujer pensaba de veras en ello y